

Trabajo social como arte: hacia una estética artística del trabajo social

Social work as art: towards an artistic aesthetics of social work

Toni Sangrà Boladeres*

Resumen: Este texto tiene el propósito de revisar y reflexionar sobre los rasgos estéticos y artísticos de la práctica del trabajo social. En particular, se presentan y entran en discusión diferentes fuentes teóricas sobre el concepto de trabajo social como arte que se han recuperado de la literatura científica en relación con la naturaleza del trabajo social. Así, por ejemplo, se revisan los planteamientos de autores como Hugh England, que incorpora las dimensiones estéticas del arte para la práctica del trabajo social, y que en el presente texto se ponen en relación con las aportaciones de otros autores y perspectivas epistemológicas actuales. En este sentido, se tiene en cuenta el desarrollo conceptual de la estética, especialmente en el mundo del arte, para también explorar la práctica del trabajo social como una actividad artística con contenido estético. En concreto, se expone y se concluye que los procesos narrativos y de intercambio dialógico pueden articular desde el trabajo social la sensibilidad estética de la experiencia de las emociones y los sentidos.

Palabras clave: Trabajo social como arte; estética artística; dialéctica narrativa

Abstract: This text has the purpose of reviewing and reflecting on the aesthetic and artistic features of the practice of social work. In particular, different theoretical sources on the concept of social work as art that have been recovered from the scientific literature in relation to the nature of social work are presented and discussed. Thus, for example, we review the approaches of authors such as Hugh England, who incorporates the aesthetic dimensions of art for the practice of social work, and which, in this text, are put in relation to the contributions of other authors and current epistemological perspectives. In this sense, the conceptual development of aesthetics is taken into account, especially in the art world, to also explore the practice of social work as an artistic activity with aesthetic content. Specifically, we discuss and conclude that narrative processes and dialogic exchange can articulate the aesthetic sensitivity of the experience of emotions and senses from social work.

Keywords: Social work as art; artistic aesthetics; dialectical narrative

Recibido: 12 julio 2020 Aceptado: 2 noviembre 2020

Introducción

Este artículo pretende explorar las formas en que se puede articular el trabajo social desde el arte y sus estéticas; es decir, explorar cómo podemos comprender el trabajo social como una actividad profesional que también se vive y se ejerce como una práctica artística vinculada a la experiencia estética de su acción.

* Académico UFR-Trabajo social, Facultad de Educación, Universidad de Barcelona tonisangra@ub.edu

El artículo establece un marco o espacio que permite generar reflexiones y abrir perspectivas a conceptos que, desde los mismos fundamentos teóricos comunes del trabajo social, a veces parecen inexorables. Para ello desarrollamos, a partir de un formato ensayístico, una aproximación teórica sobre el concepto del trabajo social como arte. A través de una estrategia de análisis fenomenológica se busca identificar los principales valores estético-artísticos que definen la práctica del trabajo social. De este modo, a partir de re-explorar este concepto se posibilitan otras vías que permiten actualizar su significado en el contexto actual, y exponer, así, una aproximación contemporánea a la estética artística del trabajo social. En definitiva, este ejercicio pretende generar una fundamentación teórica con orientación a una práctica del trabajo social teniendo en cuenta los modelos epistemológicos compartidos por el trabajo social y el arte. Para intentar revisar estos planteamientos hemos estructurado el texto en tres bloques.

En el primer bloque, para situar el contexto del que partimos, hemos dibujado, críticamente y a grandes rasgos, la escenografía de la sociedad contemporánea que impulsa y circunscribe este descentramiento estético artístico del trabajo social. En el segundo apartado, estudiamos y ponemos en relación las principales fuentes teóricas y conceptuales de las que se nutre la idea del trabajo social como arte. En el tercer bloque, introducimos las principales conexiones sobre la evolución y la comprensión de la estética en el arte, e identificamos los puntos de confluencia con el trabajo social. Por último, en la reflexión final recapitulamos lo expuesto a modo de síntesis y como preludeo a una discusión razonada sobre la estética artística del trabajo social.

En relación con el contenido de los diferentes bloques del texto apuntamos unas consideraciones iniciales. Por un lado, atendiéndonos a los criterios de extensión formal, privilegamos el texto como un mapeo para favorecer una panorámica de los diferentes elementos que configuran y conectan el tema. Especialmente, limitamos algunas cuestiones o figuraciones más contextuales, que quedan apuntadas y/o esbozadas con las correspondientes referencias bibliográficas. Por otro lado, reconocemos de antemano la riqueza y la diversidad de direcciones y preguntas que puede llegar a presentar el tema y los fenómenos vinculados. Siendo conscientes, por tanto, que en el intento de expresarnos seguramente estamos bloqueando otros saberes, señalamos que las referencias que componen la argumentación del texto no tratan de proyectar una dependencia epistemológica unívoca del trabajo social, sino que, precisamente, pretenden abrazar su complejidad y transversalidad.

Espacios y tiempos del trabajo social

Una de las características de nuestro mundo contemporáneo es la inmediatez y la hiperconexión que proporcionan las nuevas tecnologías. Esta transformación tecnológica afecta directamente la comunicación humana y, especialmente, el tipo de contemplación que tenemos de las personas y, por tanto, la forma de representación (*a priori* verdadera) que podemos llegar hacer. El predominio en nuestra cotidianidad de una comunicación fijada a través de la tecnología impregna, para bien o para mal, nuestras apreciaciones y percepciones de una cierta insubstantialidad o superficialidad. Igualmente, nuestro mundo virtual tiene efectos en el conocimiento, y pone de manifiesto que los saberes están en constante cambio y que estos, como diría Bauman, también son líquidos, abriendo así nuevas posibilidades de pensamiento. La hiperconexión tecnológica, entonces, pone en duda la representación de la realidad a través de un conocimiento universal y válido. La fragmentación que surge cuestiona la idea de “verdad” de la modernidad científica y nos sitúa en un mundo mucho más incierto y de nuevos micro-discursos, pero también lleno de posibilidades.

A la complejidad de esta contemporaneidad hay que añadir un aumento de la experiencia estética en la vida cotidiana. Esto, por un lado, conecta al individuo, como nunca había pasado, con la dimensión estética-artística de la vida; Lipovestsky y Serroy (2015) afirman: “La vida personal estetizada aparece como el ideal más compartido en nuestra época” (p. 24). Sin embargo, este vivir *transesético*, en términos de Lipovestsky y Serroy (2015), acostumbra a estar perturbado por el relato acelerado de la comercialización y el consumo: “Consumimos cada vez más belleza, pero nuestra vida no es más bella” (p. 26). Así, en términos generales, podemos decir que este contexto (occidentalizado) se caracteriza por la globalización económica, la mercantilización, la superficialidad y los cambios rápidos o la centrifugación, y todo esto basado en un uso cada vez más sofisticado de la tecnología moderna y en estilos de vida estandarizados y hedonistas. (Bauman, 2007; Dustin, 2007; Lipovestsky y Serroy, 2015).

Desde el punto de vista del ejercicio profesional del trabajo social, si tenemos en cuenta sus características y particularidades en la sociedad tardo-moderna occidental, resulta ineludible constatar que el discurso científico del trabajo social no es objetivo, en línea con los modelos normativos y racionales, no está fuera de las lógicas fordistas y post-fordistas derivadas de la modernidad. El tipo de “conocimiento” predominante en el trabajo social se caracteriza, por un lado, por seguir principios (científicos) del positivismo y, por el otro, por valores derivados de las lógicas del consumo. El análisis crítico de autoras y autores contemporáneos como Vivero (2017), Dustin (2007), Healy (2001) o Dominelli (1996), entre otros, pone en evidencia estas dinámicas inherentes a la profesión. Así, en los entornos laborales y académicos del trabajo social se hacen patentes las paradojas y la ambivalencia que generan los espacios vivenciales de la modernidad y la posmodernidad.

Por ejemplo, la disciplina del trabajo social hereda la práctica fordista en la construcción del Estado de bienestar después de la segunda guerra mundial, y en la actualidad la refuerza aplicándola en el sector de los servicios y las demandas. En este sentido, las profesionales, especialmente aquellas que forman parte de las burocracias del Estado de bienestar, han de afrontar un control creciente y medidas de supervisión de calidad. Se impone, pues, una lógica de eficiencia mercantilista a la práctica de la profesión, que reduce la acción del trabajo social a las demandas de los usuarios y/o al seguimiento y evaluación de protocolos y procesos tecnificados prestadores de servicios. Si la gestión de los servicios se basa en criterios de eficiencia y competencias, las personas atendidas por las trabajadoras sociales pueden acabar considerándose como “clientas” de proveedoras de servicios de ayuda o asistenciales. En cierta manera se puede llegar a mercantilizar la gestión de la ayuda, tanto desde un punto de vista teórico como práctico, y las trabajadoras sociales pueden acabar interpretando la realidad meramente en términos comerciales. Incluso las lógicas discursivas de tipo gerencial, y el ideal consumista, también están presentes en algunas prácticas o experiencias creativas del mundo de la intervención social. Por ejemplo, en algunos casos se asumen funciones creativas y de innovación como “competencias” para que los objetivos de los proyectos o de las intervenciones sociales sean más eficientes y rentables.

En definitiva, los procesos (académicos, laborales, políticos...) de inmersión utilitaria y de mercantilización del trabajo social tienden a tecnificar lo humano, confundiendo la utilidad con el sentido, y llenando los vacíos de significados con materiales productivamente útiles en los que se basa el éxito de la intervención. El lenguaje mecanicista, de eficiencia y rentabilidad incrustado en el día a día laboral también ha normativizado la autoexplotación y el cansancio por productividad de los profesionales. Derivado de esto, por ejemplo, pensadores como Félix Guattari (1990) alertan que “una finalización del trabajo social regulado de forma unívoca por una economía del beneficio y por relaciones de poder sólo conduciría, en el presente, a dramáticos callejones sin salida” (p.10-11). En esta línea, pensamos que el trabajo social tecnocientífico, arraigado a la razón objetiva y universal, no es suficiente para afrontar los retos y las nuevas situaciones que presenta un mundo configurado cada vez más a través de lógicas ético-estéticas e hiperculturalizado por la diversificación de relatos. Atender, entonces, desde el trabajo social a la dimensión estética y a las epistemologías artísticas puede ayudar en

el análisis y el reconocimiento de aquellos elementos histórico-sociales de opresión y desigualdad de los actuales modelos identitarios que saturan y sobrepasan al sujeto. Así, el trabajo social, al responsabilizarse también de los componentes estéticos y artísticos presentes en las cotidianidades de los sujetos, puede establecer nuevos sistemas de valor que estén más allá del universo tecnocientífico y que sean menos utilitaristas.

El trabajo social como arte

Para empezar a pensar en el concepto del trabajo social como arte se hace necesario tomar en consideración su desarrollo científico-técnico en el contexto de la primera modernidad. El objeto de conocimiento del trabajo social se formula en sus inicios desde la triangulación de los campos de estudio de la estética, la ética y la ciencia (Howe, 1999). Así pues, en la especificidad axiológica del trabajo social se entrelazan, por ejemplo, elementos teoréticos como la belleza, la moral y la verdad.

En una línea parecida, Moix (2006) ordena el trabajo social desde parámetros similares, explicándolo como una ciencia, un arte y una profesión. Y, de hecho, autores como Ricardo Hill (1992) se refieren directamente al trabajo social como arte: “Desde sus comienzos, el trabajo social se definió genéricamente como arte, y lo sigue haciendo, pese a las resistencias que periódicamente ello provoca en los medios profesionales y estudiantiles.” (p.31)

Así, para encauzar la reflexión sobre estos elementos estético-artísticos que forman parte de la naturaleza del trabajo social, en este bloque vamos a recuperar algunas interpretaciones de autoras referentes del trabajo social y también analizaremos las principales conclusiones de la obra de Hugh England (1986) titulada *Social Work as Art* en relación con las posiciones de autores contemporáneos del trabajo social que también han tratado el tema.

La primera referente teórica del trabajo social, Mary Richmond (1861-1928), fue quien postuló la conocida cita en la que se refería al trabajo social como una ciencia que ha de ejercerse como un arte. Richmond, ciertamente, contribuyó a la fundamentación filosófica y metodológica del trabajo social con obras como *Social Diagnosis* (1917), entre otras. Sin embargo, las interpretaciones de sus obras se han desplegado en base a una comprensión del trabajo social influida y construida sobre modelos científicos positivistas, que han condicionado la visión artesanal y humanista que postuló Richmond: “Esta pensadora re-configura su experiencia, no desde una vertiente o influencia positivista darwinista, psicologista y psico-analítica, como mal se le ha atribuido, sino desde una vertiente psico-socio-filosófica” (Victoria, 2013, p.33)

El enfoque pedagógico y humanista (comprensivo) de Richmond parece haber quedado en un segundo plano porque el trabajo social (como otras disciplinas afines), en general, se ha configurado por un pensamiento científico dual, positivista y lógico-causal: “Social work, has been offered, and has implicitly accepted, a view of the social sciences as a positivist, scientific activity” (England, 1986, p.78). Estas estructuras de pensamiento han hecho imperceptibles otras maneras de pensar y sentir el trabajo social, que también forman parte de su naturaleza. Maneras de pensar que, como decíamos, Richmond entrevé en el trabajo social como una práctica situada entre el campo cognitivo y el relacional, y que como actividad pedagógica y artesanal se ejercía en el ámbito científico de las relaciones humanas (Richmond, 2005).

Precisamente, el proceso metodológico descrito en la obra de Richmond no se circunscribe únicamente a un funcionalismo técnico. El avance conceptual que suponen sus planteamientos para la práctica del trabajo social se conecta con una inquietud por analizar las situaciones complejas del individuo desde la

experiencia de este, desde la apertura del yo, asumiendo posturas críticas que vayan más allá del asistencialismo caritativo o la gestión de la necesidad desde la ayuda. En concreto, la visión longitudinal, intuitiva y creativa del método de Richmond se ampara en un modelo cognitivo y relacional de tendencia hermenéutica influenciado por el pragmatismo y el interaccionismo simbólico (Victoria, 2013).

Desde esta mirada científica de acción razonada y reflexiva de la práctica, basada en un método cualitativo de análisis circunscrito a la experiencia del sujeto, el significado tradicional del hacer en trabajo social se conecta con la idea de hacer arte, de manera similar a la *techné* de Aristóteles. Este concepto responde a la idea de hacer algo, desarrollando un hábito concreto, que también genera un conocimiento (virtud), aunque diferente al del método científico de base racionalista. Así, desde la lógica del trabajo social como profesión, se puede entender perfectamente el trabajo social como un arte a practicar, y en consecuencia esta concepción nos aproxima también a su condición de artesanía. Este componente artesanal del trabajo social también lo apunta Swithum Bowers, quien en una recopilación de definiciones originales del trabajo social, lo clasifica como un arte: “Swithum Bowers points out that before 1930, most definitions of social casework classified it as an art” (Rapoport, 1968, p. 139).

Otra figura, coetánea a Richmond, y que, desde la dimensión comunitaria y grupal, conecta el trabajo social con las artes es Jane Addams. Addams llevó a cabo una experiencia con las artes en el centro social de la Hull House a finales del siglo XIX en Chicago. Los programas interculturales de este centro se organizaban a través de veladas, fiestas, sesiones de cuentos y literatura, clases de dibujo, conciertos o exposiciones, mayoritariamente gestionados por las mismas personas migradas (Addams, 1961). Así, este arte inherente en espacios donde las nuevas posibilidades pueden ser proyectadas mediante el esfuerzo colectivo es seguramente la idea que está más presente en el imaginario del trabajo social y de la acción social en su conjunto.

En definitiva, como apuntábamos al principio de este bloque, se puede asumir la idea de una profesión que transforma la realidad y que, por tanto, puede modificar su apariencia y responsabilizarse también de la belleza. Howe (1999) afirma que “Corresponde a los trabajadores sociales reconocer los principios en los que se basa la belleza con el fin de garantizar que sus clientes puedan vivir sus vidas de un modo estético, justo y efectivo” (p.143); y por tanto, como explica Hill (1992), desde sus orígenes, el trabajo social no se puede desvincular del paradigma estético: “Aunque la burocracia y la ingeniería social impregnan el trabajo social actual, nunca hemos abandonado, en principio, el paradigma estético” (p. 32). Igualmente, vemos en el pensamiento de Richmond que el componente artesanal original del trabajo social queda circunscrito en base a saberes técnicos del campo de la práctica moralizada y metodológica.

No obstante, atendiéndonos a los contextos y espacios epistemológicos de las sociedades del siglo XX comentados anteriormente, estos también influyen en la configuración del trabajo social como arte, acentuando su posición crítica. Por ejemplo, Lydia Rapoport (1968) incorpora el espíritu crítico hacia los modelos normativos, y en su texto *Creativity in Social Work*, apunta a la naturaleza comuna del trabajo social y del arte, reconociendo en ambas prácticas las mismas características respecto a la exploración de la subjetividad. Así, cuando pone en relación los paralelismos y/o aspectos comunes del trabajo social con la práctica artística, sitúa la expresividad, la comunicación o la transformación como los “materiales” humanos que identifican las tareas del trabajo social y el arte. Rapoport reclama, desde una mirada más bien comunitaria, que tanto el trabajo social como el arte se puedan concebir como instrumentos de cambio en la sociedad. Ella entendía el rol del trabajo social como un agente potente en la transformación y el cambio de estructuras institucionales. Influenciada por los trabajos del científico y médico Alex Comfort, quien en el año 1946 publicó la obra *Art and Social Responsibility*,

plantea que todo trabajo creativo habla en nombre de los sin voz, y que los valores artísticos y estéticos enriquecen la práctica provocando un cambio de pensamiento.

Después de Rapoport, otra de las principales referencias que tiene el trabajo social como práctica artística es Hugh England (1986) que, a través de su obra *Social Work as Art*, enmarca los saberes artísticos de la trabajadora social en aspectos como la imaginación, la intuición, la creatividad y la (auto)expresión. En general, estos elementos intra e interpersonales buscan ser un contrapunto a las prácticas burocráticas y estandarizadas del trabajo social.

Un aspecto clave en la obra de England (1986) es que sitúa el imaginario artístico del trabajo social desde una perspectiva alternativa y crítica a la base positivista de las ciencias que han construido históricamente el trabajo social: “The social sciences have not offered a sufficient model, although they remain central to social work; social work should therefore consider the likely value of the complement of the sciences, of the study of the arts” (p. 83). Desde esta mirada crítica, England plantea que el arte puede dotar al trabajo social de un paradigma diferente basado en el reconocimiento de la subjetividad: “In the implicit recognition of the relevance of art as the means of explaining subjectivity in social work” (p. 85). Siguiendo su argumentación, el arte, a diferencia que la ciencia tradicional, en este contexto relacional de la práctica y la investigación del trabajo social mira al otro como sujeto: “Art, which makes man the subject, is an antidote to science, in which he is the object” (p. 95). De manera más concreta, England (1986) señala los elementos narrativos y literarios que pueden surgir en el relato biográfico como una de las estrategias que define la actividad artística del trabajo social:

The story is the common way of recounting (biographical) experience, that it requires a temporal dimension which is not necessarily present in abstract accounts and that it offers a genre of presentation which helps people link themselves to their culture. (England, 1986, p. 95)

Siguiendo a England (1986), la trabajadora social se sitúa como co-creadora de una historia compartida con el otro: “The implication must be to emphasize the importance of the worker as artist, as critic and creator of story, for the worker will have to have both a quick grasp of stories, and a fluent ability to construct them.” (p. 96). En definitiva, la trabajadora social participa en un proceso sensible e intersubjetivo en el que trata de comprender los significados de las comunicaciones de las personas, de que manera entienden, experimentan y dan sentido al mundo.

Tomando como referencia el planteamiento original de England, surgen reflexiones más contemporáneas como las que expone la profesora Mel Gray. Concretamente, Gray y Webb (2008) plantean un estudio sobre la manera de comprender el trabajo social como “obra” de arte revisando precisamente el texto de England. En su análisis, entienden la actividad artística del trabajo social como una práctica situada en procesos característicos del arte como son la experiencia (estética) y el juego. Gray y Webb (2008) apuntan, que el trabajo social como arte es una práctica incompatible con la racionalidad técnica y con la metafísica productivista que comercializa con las personas como usuarios de servicios. Así, se alejan de la estética solipsista para acercarse a elementos más procesuales como el juego, la improvisación, la rareza y el caos: “Art is not always about resolution or harmony or beauty. There is a conception of art that wholly reflects this aesthetic view and it is the most commonly put forth in social work” (p.183).

Gray y Webb (2008) ponen en debate ideas que se relacionan con el relato ontológico-estético de la subjetividad. En este caso, fundamentan, mediante los planteamientos teóricos y fenomenológicos de Heidegger y de Alain Badiou, la concreción epistémica del trabajo social como arte al servicio de una práctica emancipatoria. En este sentido, Gray y Webb (2008) analizan algunos de los pasos hechos por England en su obra *Social Work as Art*, y concluyen que England intentaba situar el trabajo social como

una disciplina dentro del campo de las artes y las humanidades, y que, en cierta manera, todavía estaba centrado en las habilidades “técnicas” que necesitaba la trabajadora social para comprender la persona y su situación. Sin embargo, según Gray y Webb (2008), England también tiende hacia un planteamiento existencialista, en el que pone en relieve la validez artística de la práctica del trabajo social a partir de procesos de interpretación desde una mirada crítica de la disciplina.

Gray y Webb (2008) comparten este espíritu existencialista y poético de England, aunque más allá del marco subjetivista y expresivista que prevalece en la obra de England, se emplazan a la comprensión de la experiencia a partir del arte y, al mismo tiempo, siguiendo a Heidegger, sostienen que hace falta una liberación de la influencia alienante de la tecnología productiva: “Modern technology no longer permits nature to show itself. Instead the dominance of calculative reason tends toward processing and consuming -and controlling- nature rather than preserving and sheltering or merely appreciating and experiencing it”. (p. 190). El relato contemporáneo del trabajo social como arte se inscribe, pues, en modelos de pensamiento y procesos de conocimiento que rompen con las certezas de la razón de los sistemas cerrados, productivos y calculadores. Esto quiere decir, por ejemplo que: “The art’s work in social work is not imbued within the routine, mundane or the ordinary. Neither can it be found within the prescribed, codified or regulated fields of administrative practice” (p. 192). Así, desde la perspectiva de Gray y Webb (2008) no se trata tanto de justificar el trabajo social en el conglomerado de las artes o en la creatividad de su acción, sino de discernir los procesos de su naturaleza artística.

Por su lado Mel Gray (2002) recupera una definición de Howard Goldstein sobre la condición artística de la trabajadora social: “The social worker as a performing artist has the talent and will to move beyond the constraints of method and technique and respond imaginatively and creatively to the impromptu, unrehearsed nature of the special human relationship” (p. 413). Así pues, desde esta idea performativa, la composición (forma) del trabajo social como arte se sitúa en este proceso y contexto en el que las habilidades, las acciones y las cualidades de la trabajadora social, se trazan en la experimentación comunicativa e intersubjetiva de la afecciones y percepciones: “The formalisation of the art’s work in social work rests on the proximal relationship between social worker and client as a process, duration or setting of a performative scene.” (Gray & Webb, 2008, p. 192). También, como esboza England, el trabajo social se desarrolla como arte porque a través de la praxis participa de un proceso creativo, de percepción y comprensión crítica de los significados del otro. En concreto, Gray y Webb (2008), siguiendo y citando Goldstein, identifican la actividad artística en la reescritura de las narrativas compartidas entre sujetos:

As we say in narrative therapy, together the client and worker rewrite the story. The art’s work does not only ‘open up’ in disclosing a radical alterity or making visible that which has been previously closed down or excluded, but it also endures as a new narrative (p. 193).

En este sentido, el trabajo social como arte puede identificarse en lógicas de base artística más transversales, intuitivas y descentradas. Entre otras, podemos mencionar, por ejemplo, la perspectiva ecosófica de Félix Guattari (1990) equilibrada a partir de la articulación de tres ecologías: “Eso significa una recomposición de las prácticas sociales e individuales que yo ordeno según tres rúbricas complementarias: la ecología social, la ecología mental y la ecología medioambiental, y bajo la égida ético-estética de una ecosofía.” (p.22); en segundo lugar, la estética dialógica que plantea Grant Kester (2017), basada en el concepto de discurso de Jürgen Habermas, concreta una forma de pensamiento conectado o procedimental en el que los sujetos se identifican entre ellos generando un conocimiento local consensuado, provisionalmente vinculante y fundamentado por el intercambio intersubjetivo; y también podemos mencionar el pensamiento rizomático, que plantea el mismo Guattari con Gilles Deleuze, y que se define por su crecimiento horizontal frente a las estructuras arbóreas de la ciencia moderna. Esta idea sitúa el centro en cualquier punto, expandiéndose el rizoma imprevisiblemente y

singularizando su efecto en una multiplicidad de puntos. Estas composiciones complejas cuestionan, por ejemplo, aquellas tecnologías terapéuticas y de curación, que como diría Foucault, significan para el sujeto renunciar a su autonomía.

Así, desde los procesos de tipo dialógico y narrativo, que también forman parte del territorio artístico, se prefigura el trabajo social como una experiencia ampliada de comprensión subjetiva con carácter estético y, por tanto, también como una descentralización del proceso y la práctica artística (Sangrà, 2019).

Estética artística y trabajo social

Una de las claves para comprender las capacidades artísticas del trabajo social es observar los cambios en el mundo del arte y en el desarrollo conceptual de la estética. Así, en primer lugar, en lo referente al despliegue estético en nuestra contemporaneidad, apuntamos que la presencia del paradigma estético se empieza a hacer evidente desde el siglo XVIII, cuando las formas de pensamiento tienden a disolver la distinción entre la ética y la estética (Tatarkiewicz, 1990). Esta clase de sensibilidad es una manera de hacer y también de suscitar el ser y está relacionada con nuestra comprensión de la vida humana en el contexto de la modernidad. En este sentido, la estética del arte deviene central en la vida espiritual del individuo, y los conceptos de creación, imaginación, creatividad o expresividad entran a formar parte de nuestro vocabulario cotidiano. En este contexto también se empieza a identificar una nueva concepción sobre la belleza artística y natural, no tan centrada en la naturaleza del objeto, y más en la cualidad de la experiencia. Tanto es así, que el significado de la estética se emparenta a una forma de experiencia. Conforme a este enfoque que, entre otros, apuntala Kant, el juicio estético se relaciona con el sentimiento, y por tanto con la ética. Estamos, pues, delante de una actitud “transcendental” en la manera de conocer que tiene el sujeto desde esa perspectiva kantiana, que expresa el placer de experimentar sensorialmente y de manera subjetiva. Esta comprensión estética determina y predomina en gran parte de la modernidad artística hasta comienzos del siglo XX.

Por otro lado, la estética no solo tiene implicaciones en la vida contemplativa del arte, sino que amplía su influencia a otras formas de relación que constituyen al sujeto. Es decir, además del campo artístico filosófico que implica la Estética, para el trabajo social también indica un campo de prácticas y teorías que están relacionadas con la multiplicidad de formas de experiencia. Desde esta perspectiva la experiencia estética es experiencia en su totalidad, más allá del afecto y gracia sensible que se produce con el arte (Dewey, 2005). Ciertamente, si se desbloquea la apropiación epistemológica que ha hecho la historia del arte de la estética, esta no se puede desligar la cotidianeidad del sujeto. La estética, entonces, deviene un fenómeno interdisciplinario y está relacionado con los mecanismos de sensibilidad del sujeto (Mandoki, 2006).

Otro aspecto al que hay que prestar atención es que, en este proceso, a lo largo del siglo XX, el arte también se (auto)reinterpreta y no solo se define en términos tradicionales de forma y contenido. Dewey (2005), a principios del siglo XX, ya apuntaba como las posibilidades experienciales y relacionales del arte afectaban a sus manifestaciones formales. También, el existencialismo heredado del romanticismo y el poliformismo característico de las vanguardias contribuyen a la multiplicidad de variantes artísticas a las que estamos acostumbrados en la actualidad. De esta manera, el arte en el mundo contemporáneo se configura a partir de estas premisas, y juntamente con el desarrollo de la sociedad industrial, urbana y tecnológica, motivan que el artista (igual que algunos filósofos y científicos) vaya abandonando la autoexpresión y (auto)referencialidad romántica y desplace su centro de interés hacia el lenguaje, la transformación poética, y la fragmentación de la experiencia o subjetividad.

Estos nuevos propósitos implican que en las obras artísticas contemporáneas se plasmen cuestiones y reflexiones relacionadas con las construcciones sociales y cotidianas, y también sobre las consecuentes instrumentalizaciones del individuo y sus comunidades. Dorfles (1975) apunta, por ejemplo, que el discurso artístico contemporáneo se enfoca hacia la argumentación y la relectura de los prejuicios (incluyendo los artísticos), siendo el arte un territorio de reflexión y diálogo que conecta al sujeto con la sociedad. La teoría estética de Adorno (1983) refuerza esta vinculación, en la que la obra artística no se puede desligar del sentido o efecto que tiene en su contexto histórico: “Las fuerzas y las relaciones de producción de la sociedad, como meras formas y vaciadas de su facticidad, reaparecen en las obras de arte porque el trabajo artístico es un trabajo social” (p. 309). El arte se configura, pues, como un espacio de conocimiento y producción de realidad. No tanto como un instrumento para mostrar un tema social, sino como algo ya social.

Esta (re)conceptualización del arte queda encuadrada por un nuevo mapa estético más global y que va más allá de la pura representación de contenidos. Es decir, no solo se trata de buscar la representación (artística) sobre una situación o problemática, sino que el artista se interesa, reflexiona y piensa en aquella realidad social, como metáfora, pero también como experiencia. Las dimensiones estéticas y artísticas del trabajo social toman forma junto con los procesos que se abren a la sensibilidad artística y cotidiana de la vida humana. Esta reorientación de base onto-epistemológica nos abre la puerta a pensar en el trabajo social como arte y en la estética artística del trabajo social.

Como apuntaba England (1984), es insuficiente señalar que solo el trabajo social puede ser “parecido al arte”, ya que también es necesario explorar la naturaleza crítica y reflexiva en las artes para conocer también el fenómeno del trabajo social como arte (Gray & Webb, 2008). La estética artística del trabajo social se puede reconocer en los principios morales que plantea actualmente el arte respecto al sentido (significado) de ser sujeto, y en las epistemologías de los actos y las acciones artísticas. Tal y como apuntamos anteriormente, cuando fijamos la atención en la remodelación y la redefinición de las ideas del arte en nuestra sociedad, se abren espacios naturales y próximos para la imaginación social y la proyección de una actividad estética artística desde el trabajo social. La estética artística en el trabajo social se encuadra en este abanico de prácticas, maneras de hacer y propuestas que articulan actualmente la sensibilidad y el pensamiento artístico.

Por otro lado, desde la socioestética y sus dimensiones en el campo de la prosaica y su relación con el arte (Mandoki, 2006), resuena la idea del arte como un medio para el cambio social, y existe un acuerdo sobre el potencial transformador del arte socialmente implicado. En la actualidad existen una multiplicidad y diversidad de propuestas culturales y artísticas, que acostumbra a proceder del mundo socioeducativo (Ricart, 2014; Aragay, 2017), y que se entrelazan con algunas áreas de acción del trabajo social, especialmente las comunitarias y grupales. Estas propuestas creativas, que buscan una mejora social, ofrecen un abanico de nuevos lenguajes y posibilidades metodológicas que, según como se amolden, pueden complementar la intervención del trabajo social y recuperar los procesos de imaginación creativa de su naturaleza. El carácter contextual, relacional y crítico de estas propuestas, y el uso habitual de espacios públicos, permite crear lazos entre el arte o las artes con las líneas creativas de la acción social y educativa que busca apoyar a las personas en sus comunidades. De hecho, tenemos numerosos ejemplos en la denominación del arte comunitario (Palacios, 2009) o el arte activista (Felshin, 2001).

Si tomamos como referencia la poética de las obras de algunos artistas de nuestro entorno contemporáneo, que se mueven hacia el activismo y hacia espacios sociales comprometidos, observamos que la realidad y el cuerpo social devienen su campo de trabajo. Entre muchos, tenemos ejemplos de artistas como Núria Güell, María Ruido o Josep Maria Martín, así como también los

proyectos de Krzysztof Wodiczko, que son representativos de estas líneas de acción social. Sin entrar ahora en el análisis en profundidad de sus propuestas, apuntamos que sus estrategias de acción, expresión y reflexión se conectan con los universos de valor del arte crítico y público (Felshin, 2001), de la estética relacional (Borriaud, 2006), y de la práctica artística dialógica y conversacional (Kester, 2017). Los dominios de pensamiento y de sensibilidad que surgen de estas prácticas se comunican y se cruzan con los del trabajo social (Sangrà, 2019). Estos procesos artísticos (que no están monopolizados únicamente por el arte institucionalizado) se conforman con una importante implicación ético-política y con una ordenación poética de la vida. Es decir, hay un interés por reflexionar sobre el funcionamiento del mundo y a través de la obra accionar consonancias con el público, el espectador, un colectivo, etc., pero con la determinación de fraguar experiencia con y en el otro. El artista sirve de catalizador, creando las condiciones y los medios a través de los cuales la gente se comunica y al mismo tiempo construye nuevos modelos de realidad (contextos) a través de la experiencia. Así pues, sin la conversación y el contexto, no podría haber obra de arte.

Teniendo en cuenta las contradicciones y articulaciones de intereses e identidades ambivalentes, nos interesa aquí para el trabajo social, por ejemplo, el concepto comunicativo y de construcción de significados de las prácticas artísticas dialógicas. El concepto del que se nutre este arte dialógico deriva del teórico literario ruso Mikhail Bakhtin, que situaba la obra de arte como una especie de conversación en la que había un punto de encuentro entre significados, interpretaciones y puntos de vista. Siguiendo a Bakhtin (1990), el artista objetiva estéticamente una mirada sensible a la vida, de la misma manera que desde la acción del trabajo social se puede objetivar una mirada estética atendiendo al contexto narrativo con el que se da forma a la vida. En una línea parecida, podemos citar el modelo comunicativo de Habermas de interacción reflexiva o la hermenéutica conversacional de Gadamer, planteamientos que precisamente recuperan autoras como Iannitelli, Tejero y Torrebadella para el campo de la acción social, y que se pueden concretar para el trabajo social en su propuesta de conversaciones biográficas.

La estética vinculada con los procesos artísticos orienta al trabajo social hacia el campo reflexivo y la experiencia sensible y de las emociones. Así, la “matriz” estética artística del trabajo social se manifiesta en los intercambios sociales y en el proceso dialógico presente en la práctica. La estética artística del trabajo social está relacionada con las formas de sentir, experimentar y, en definitiva, de narrar el espacio, el tiempo, la memoria y las subjetividades. En este movimiento de creación procesual se asume la responsabilidad de lo que se crea con las consecuentes implicaciones ético-políticas (Guattari, 1990). Una idea parecida se visualiza con la citada “conversación biográfica” como una estrategia de acción para el trabajo social. Esta nos permite atender a las metáforas y nuevos significados que presentan los enunciados narrativos, buscando un nuevo *ethos* en el sujeto: “daríamos un paso a un *ethos* humanista que concibiera al sujeto como portador de historia, de subjetividad y responsabilidad. El sujeto es, así, el origen, el destino y el actor fundamental del cambio sociopolítico.” (Tejero, Iannitelli y Torrebadella, 2016, p. 225-226).

Desde esta manera de sentir y experimentar, más cercana, abstracta, emotiva, lenta, biográfica... se hace patente la estética artística del trabajo social; en este juego intersubjetivo del yo y el otro, entendiéndolo como un proceso de intercambio de significados que busca reequilibrar la “identidad” del sujeto. Como apunta Hill (1992), una de las finalidades intrínsecas del trabajo social se basa en afrontar “problemas de identidad”, que contradictoriamente se suelen trabajar en base a los prejuicios que adjudican las normas de la misma sociedad. Para encarar esta complejidad, el trabajo social puede complementar a sus metodologías de base racional y normativa con la comprensión estética del sujeto y de los procesos artísticos. El objetivo será, entonces, recuperar y proteger la subjetividad herida de las personas vulnerables y (re)conocer su dignidad (estética) en su contexto. No infiltrándose en sus sentimientos para acertar un estado mental determinado sino participando en su narrativa (lenguaje) y dejándose

afectar por ella. La experiencia, como acontecimiento, deviene entonces el espacio común donde reconocerse.

Reflexión final

En los apartados que articulan este trabajo hemos podido exponer y poner en relación las confluencias estético-artísticas que pueden entrar en acción en la práctica del trabajo social. Estas ideas hay que visualizarlas como una construcción del pensar y del sentir que mira de situarse en las nuevas transformaciones y coyunturas que el trabajo social ha de atender en la sociedad contemporánea. Desde esta complejidad, que desarma al sujeto, se hace necesario modelar, desde el terreno intelectual y la actitud teórica, la estrategia base para afrontar las problemáticas y el compromiso sociopolítico.

Como hemos apuntado, la reconfiguración epistemológica de la estética artística del trabajo social viene acompañada de los cambios que se dan en las prácticas artísticas contemporáneas, y especialmente las socialmente comprometidas. Los procesos sociales y culturales de nuestro mundo contemporáneo impulsan la necesidad de desarrollar nuevas formas de hacer y de acción. Desde el mundo del arte, esto cuestiona por ejemplo el rol productor del artista y el papel transformativo del arte en la sociedad. Así, por ejemplo, se desdibuja la dicotomía de ciencia y arte, para acercarse a procesos meta-contextuales y transversales en los que el papel de las nuevas tecnologías, las formas conversacionales y la inclusión de la estética en la participación y el conglomerado social, son métodos que permiten acercarse a las situaciones complejas y quebrar los discursos lineales.

Bajo este prisma, el arte en el trabajo social no se basa tanto en que la trabajadora social sea un artista productor, sino que precisamente la obra de arte reside en esa experiencia y esfuerzo “no productivista” que propicia para el sujeto la identificación de las desigualdades sociales y la participación en la producción de su subjetividad. En las reflexiones plasmadas en este trabajo, se vislumbra la idea del trabajo social como arte como una práctica que unifica sus procesos científico-técnicos como creación estética. Esto se concreta en un trabajo social de pausa y reflexión, enmarcado en la flexibilidad, adaptable a la institución, y que pretende trabajar con los sujetos de las comunidades y grupos para abordar sus múltiples desventajas. Concretamente, la estética artística del trabajo social se sitúa en el intercambio intersubjetivo y en una postura reflexiva y sensible de la realidad. Si se quiere, también, desde un punto de vista teórico metodológico, como hemos explicado, hay que enfocarlo en una perspectiva crítica, y desde las tendencias humanistas, existencialistas e interpretativistas que también forman parte de los modelos del trabajo social.

Por otro lado, otro aspecto que hemos anotado es que la acción estética artística es procesual, y que una de las vías que dispone el trabajo social para su impregnación estética está en la interpretación de las estructuras narrativas de los acontecimientos, es decir, en las dialécticas narrativas que se dan en las áreas relacionales del trabajo social. El propósito, pues, no será solo resolver un conflicto, sino que la acción también generará conocimiento, interpretando el cambio y la transformación desde nuevas situaciones de mediación narrativa y de enriquecimiento estético de la vida, interesándose por los mecanismos de producción de subjetividad en la resingularización del sujeto.

Finalmente, atendiendo también nuestra base local de experiencias y saberes en relación con el arte y el trabajo social, el trazo de la estética artística del trabajo social queda definido por la imposibilidad de diferenciar el arte del compromiso social (ambos son morales). También, la luminosidad sentimental (amor) que pueden implicar ambos fenómenos, es lo que hace que desde el trabajo social se pueda pensar y sentir como un acontecimiento artístico. Esto implica la aceptación de la multiplicidad y relatividad de toda verdad. Esta consciencia de contemporaneidad, precisamente, significa una

verdadera instrucción para navegar entre la restricción de contextos y para revigorizar el trabajo social como un potencial emancipador y democrático, y haciéndolo no solo pensando en los implicados sino con ellos.

Referencias bibliográficas

- Addams, J. (1961). *Twenty Years at Hull-House*. New York: Signet Classics.
- Adorno, T. (1983). *Teoría estética*. Barcelona: Orbis
- Aragay, J M. (2017). *Les arts comunitaries des de l'educació social: l'experiència Basket Beat*. Barcelona: Neret Edicions
- Bakhtin, M. (1990). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI
- Bauman, Z. (2007). *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*. Barcelona: Tusquets.
- Borriaud, N. (2006). *Estética relacional*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo
- Dewey, J. (2005). *Art as experience*. New York: Penguin
- Dominelli, L. (1996). Desprofessionalizing social work: anti-oppressive practice, competencies and postmodernism. *British Journal of Social Work* (26) 153-175
- Dorfles, G. (1975). *Del significado a las opciones*. Barcelona: Lumen
- Dustin, D. (2007). *The McDonaldiszation of Social Work*. England: Ashgate
- England, H. (1984). *Social Work as Art. Making Sense for Good Practice*. London: Allen & Unwin
- Felshin, N (2001): ¿Pero esto es arte? El espíritu del arte como activismo. En Blanco et al. *Modos de hacer. Arte crítico, esfera pública y acción directa*. (pp.73-94) Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca,
- Gray, M. (2002). Art, Irony and Ambiguity. Howard Goldstein and his Contribution to Social Work. *Qualitative Social Work*, Vol 1(4), 413-433
- Gray, M & Webb, SA. (2008). Social Work as art revisited. *Internacional Journal of Social Welfare*, 17, 182-193. DOI: 10.1111/j.1468-2397.2008.00548.x
- Guattari, F. (1990). *Las tres ecologías*. Valencia: Pre-Textos
- Healy, K. (2001). *Trabajo social: Perspectivas contemporáneas*. Madrid: Morata
- Hill, R. (1992). *Nuevos paradigmas en Trabajo Social. Lo social natural*. Madrid: Siglo XXI
- Howe, D. (1999). Modernidad, Postmodernidad y Trabajo Social. En D. Salcedo (Ed.). *Los valores en la práctica del Trabajo Social*. (pp. 137-161). Madrid: Narcea: Cuadernos andaluces de Bienestar Social.
- Kester, G. (2017). Piezas conversacionales: El papel del diálogo en el arte socialmente comprometido. *Efímera Revista*, 8 (9), noviembre 2017, e008

- Lipovetsky, G & Serroy, J. (2015). *La estetización del mundo. Vivir en la época del capitalismo artístico*. Barcelona: Anagrama
- Mandoki, K. (2006). *Prácticas estéticas e identidades sociales*. México: Siglo XXI
- Moix, M. (2006). *Teoría del Trabajo Social*. Madrid: Síntesis
- Palacios, A. (2009). El arte comunitario: origen y evolución de las practicas artísticas colaborativas. *Arteterapia. Papeles de arteterapia y educación artística para la inclusión social*, 4, 197-211
- Rapoport, L. (1968). Creativity in social work. *Smith College Studies in Social Work*, 38(3), 139–161.
- Ricart, M (2014) Quan l'acció implica reconeixement. Matisos i reflexions de la creació artística amb les persones (pp. 20-39) A: *Quaderns d'Educació Social*. Col·legi d'Educadors i Educadores Socials de Catalunya CEESC
- Richmond, M. (2005). *Diagnóstico Social*. Madrid: Siglo XXI
- Sangrà, T. (2019). La Acción Estética del Trabajo Social desde la Perspectiva Artística. *Barcelona Investigación Arte Creación*, 7(3), 285.
- Tatarkiewicz, W. (1990). *Historia de seis ideas*. (2ª ed.). Madrid: Tecnos
- Tejero, E.; Iannitelli, S. i Torradadella, L. (2016). El saber biográfico conversacional: una propuesta de conocimiento y acción sociopolítica para el siglo XXI. *Documentación social*, 182, 209-228.
- Victoria, A. (2013). *Metodologías de intervención social. Palimpsestos de los Modelos en Trabajo Social*. Colombia: Epi-Logos.
- Vivero L. (2017). Influencia del neoliberalismo en el Trabajo Social chileno: Discursos de profesionales y usuarios. *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, 8(1), 125-148.